

LA REPUBLICA

DIARIO DE LA MANANA
DIRECTOR: JUAN GIL

MONTEVIDEO, 12 DE DICIEMBRE DE 1886

PRECIOS DE SUSCRICION
Capital y Campaña, \$1.20—Exterior, \$1.50—Número del día, 0.4; atrasado, 0.10

SE IMPRIME
Por la imprenta Román & vapor
Florida 81 y 82

AÑO I—NÚM. 10

REDACCION Y ADMINISTRACION
Mercedes, 38 y, entre Florida y Andes

Invitación

A los ciudadanos del Partido Nacional domiciliados en la 7.ª Sección Judicial de este Departamento.

Considerando que es un deber de todo ciudadano estar habilitado para hacer uso de sus derechos políticos en las épocas determinadas por la ley, los que suscriben, miembros del Partido Nacional, teniendo en cuenta que el 2.º de Enero próximo, debe comenzar la inscripción en el Registro Civil de esta Sección, medio único por el cual puede hacerse uso de aquellos derechos, invitan a sus correligionarios domiciliados en ella, para la reunión que tendrá lugar en la casa calle de la Colonia núm. 359, el domingo próximo 12 del corriente, a las 10 p. m., a fin de elegir la Comisión vecinal que provisoriamente debe encargarse de la dirección de los trabajos que sean necesarios para el objeto indicado.

Montevideo, Diciembre 9 de 1886.

Francisco del Campo—Juan José Krausquin—N. Abentancour—Cristino Melcoid—Demetrio Krausquin—José Silva y Arévalo—José G. Requena—Buenaventura Vazquez—Ignacio C. Rebollo—Pedro Sarrinen—Eduardo J. Campa—Aureliano Nieto—Juan M. Novoa—Rafael Ponce—Manuel T. Acuña—Bonifacio García y Zúñiga (hijo)—Teodoro Calco.

La obra del patriotismo

Declamos en números anteriores, que un partido como el nuestro, que hace pocos meses prodigaba generosamente su sangre y su fortuna en un movimiento revolucionario, no rehusaría ir ahora a los combates, existiendo la posibilidad de conseguir por medio de ellos, la realización, aún cuando solo fuera parcial, de los elevados propósitos que quedaron defraudados con el fracaso de la última revolución.

Al expresarnos en estos términos, teníamos la seguridad de interpretar fielmente los sentimientos de nuestros correligionarios; y bien pronto ha venido a demostrarlo de una manera elocuente, la honrosa iniciativa tomada por algunos de ellos, invitando a sus convecinos de la 7.ª sección de Montevideo, a una reunión para el día de hoy, con el objeto de nombrar una Comisión provisoria, encargada de la dirección de los trabajos necesarios para la inscripción en el Registro Civil.

La actitud de estos dignos correligionarios es merecedora de aplauso, y la República, si los envía, sincero y ardiente; ellos proceden como buenos ciudadanos, responden a las exigencias de la época y cumplen los deberes sagrados del patriotismo.

Su hermosa iniciativa, es un bello ejemplo que no tardará en ser imitado, pues sabemos que en otras secciones de la Capital, algunos compañeros de causa, se preocupan seriamente de la idea de celebrar otras reuniones vecinales y de constituir comisiones con igual cometido a la que tendrá la de la 7.ª sección.

Todo esto demuestra la vitalidad de nuestro partido; son actos elocuentes del espíritu público que lo anima, y que se revela en esas manifestaciones viriles, inspiradas por el amor a la patria, y tendientes al alto fin de hacer efectivo el imperio de las instituciones nacionales.

Empiecen, pues, a percibirse de su error, los cándidos que nos consideraban irremediablemente disueltos e inhabilitados para la vida política; y resignados a ver descubierta su predica de engaños y de farsa, los políticos que en todos tonos han venido repitiendo que el Partido Nacional estaba muerto, y que sus despojos solo podían servir para dar saravia a otros partidos, a la manera, sin duda, de todos los organismos muertos, que solo sirven para abonar la tierra y vigorizar la vegetación que los cubre; todos ellos se convencerán de que el Partido Nacional, goza de una vitalidad robusta, y que hoy más que nunca, tiene una gran misión que cumplir.

Comprendemos perfectamente, el interés egoísta y hastado que pueda tener algún pequeño círculo en desquiciarse y poner obstáculos a nuestra reorganización; ese círculo está persuadido de que por sí solo, no podrá nunca formar un verdadero partido en el país y procura a todo trance arrebatarnos nuestros elementos, para formar núcleos; pero nuestros correligionarios conocen ya estos juegos de mala ley, y no se prestarán al triste rol de instrumentos de ambiciones estruendosas.

El Partido Nacional, repetimos tiene una gran misión que cumplir;—su alejamiento del poder, tar todas las obras útiles y cuyos conocimientos buscan con avidez, todos los filintropos, tiene formada la opinión más ventajosa de mistress Jellyby.

FOLLETIN

CARLOS DICKENS

LA CASA LUGUBRE

CAPÍTULO IV

FILANTROPIA TELESCÓPICA

Nos anunció M. Kenge que debíamos pasar la noche en casa de mistress Jellyby.

—¿La conocéis? me preguntó.

—No, señor,—respondí,—tal vez M. Carstone o M. Jellyby....

—Mistress Jellyby,—dijo M. Kenge vuelto de espaldas a la chimenea de su estudio y con los ojos fijos en la vieja alfombra donde parecía leer la biografía de aquella señora—es una persona de una fuerza de carácter, excesivamente notable y que se consagra completamente al bien de la humanidad. La ha ocupado hasta el día grandes cuestiones, y en la actualidad merece su solicitud el África bajo el punto de vista del cultivo del café, de la educación de los indígenas y del ventajoso establecimiento del soborno de la población inglesa en las costas africanas. M. Jarldyce, que se complacía en fomen-

desde hace veintitantos años, señala el mayor período de desgoberno, de corrupción política y de inmoralidad administrativa que ha sufrido el país; el partido reinante se ha corrompido cada vez más en su larga dominación siempre esclavista y opresora,—el Partido Nacional, por el contrario, que siempre ha sido un partido de orden y de honradez, se ha perfeccionado y purificado más y más en el crisol de la desgracia, y en su alejamiento de las esferas oficiales; y es hoy día la única comunidad política que tiene en abundancia elementos sanos de gobierno y administración, la única fuerza influyente en los destinos públicos podría remediar las consecuencias de esa seria no interrupción de grandes alejados, que desde 1865 hasta esta fecha, vienen hundiendo al país en el abatimiento interior y en el desorden exterior.

Un partido en tales condiciones, no puede vivir en la abstención política;—su concurso es indispensable para la gran obra de la regeneración política del país;—así lo comprenden, así lo sienten vivamente los ciudadanos que forman en sus filas, así lo reconocen todos los hombres imparciales y sensatos.

La resolución y entusiasmo de nuestros correligionarios en la labor patriótica, se muestra en relación directa con la intensidad del mal que agobia al país. En 1872, después de la paz de Abril,—y en 1881 después de la caída de Latorre, no se formaron Clubs y comisiones seccionales, hasta después de constituido el Club Departamental y de elejida su respectiva Comisión,—pero ahora no se ha esperado tanto, y los ciudadanos de cada sección, se apresuran a hacer sus reuniones parciales y a formar sus comisiones vecinales;—hacen bien; aplaudimos su impetuosa patriótica;—ellos tienen conciencia de sus derechos, y quieren habilitarse para poder ejercerlos;—tienen conciencia de sus deberes cívicos, y se preparan para cumplirlos;—es una actitud que los honra y que honra al gran partido a que pertenecen.

No estarán solos; bien pronto se verán secundados en sus afanes por todos los correligionarios;—bien pronto la organización del Gran Partido Nacional será un hecho, y el país podrá esperar esfuerzos poderosos y ahuegados para sacarlo del estado de humillación y de ruina a que lo ha reducido el estravio de los malos hijos, en más de veinte años de opresión y desgoberno.

El Partido Nacional cumplirá su misión;—fiel a sus gloriosas tradiciones, no omitirá sacrificio para redimir al país de su cautiverio político, y para encaminarlo por la ancha senda de la libertad y del progreso.

La conciliación y los partidos

Con este título, escribe el redactor de El Siglo un artículo "apropósito de otro nuestro que vió la luz el viernes y que titulábase La conciliación chica y la conciliación grande."

Aunque la jornada política que hemos emprendido, no admito demoras en el camino y debo haceros a paso redoblado,—sin embargo,—persuadidos de que el colega, a pesar de sus muchos inviernos, es fuerte todavía, lo invitamos a partir acompañándonos por un momento en la marcha. El diálogo no será largo, y podrá regresarse a su domicilio sin atravesar las largas y estruendosas y sin grandes fatigas. Conque vamos andando, respetable colega, y conversemos.

Dice Vd. que no se crea que mira con malos ojos la tentativa de reorganizar el Partido Nacional, pero que tiene ideas fijas en la vitalidad de los antiguos partidos.

Muy bien colega, nos alegra que Vd. no mire con malos ojos el que la gran agrupación que se denomina Partido Nacional, quiera reorganizarse. Ya eso es estar de acuerdo en lo principal por el momento.

En cuanto a la duda que lo asalta de su vitalidad,—qué podremos decirle?—Espero el colega algunos días y entonces el Partido le contestará por nosotros. Ahora todo iría garantido con nuestra palabra, que no pretendemos hacerla más valerosa que la suya.

Pero si por esa parte apenas hay una duda para el redactor de El Siglo, no sucede así con algunos puntos del artículo a que contesta, sino que los interpreta mal.

Refiriéndose a nuestra apreciación sobre la conciliación chica y la conciliación grande, diciendo que la primera es la que se ha realizado entre el santísimo y parte de los elementos de oposición y la segunda es la que tiene que realizarse entre la Patria y todos los sanos elementos del país, el colega confiesa que no entendiendo bien la clasificación y la interpreta mal.

Vamos a explicársela.

La conciliación chica, solo ha conciliado a parte de los elementos de oposición con el santísimo por medio de transacciones políticas que no

equivalen, por sí solas, al alzamiento de las instituciones, sino que, a lo sumo, podrán prepararlo para el futuro.

Conciliarse con la Patria es otra cosa. La Patria es a nuestro entender la entidad que simboliza y resume cuanto de bueno, ambición al ciudadano. Es nuestra constitución, nuestro código, nuestras libertades y nuestras garantías.

Conciliarnos con ella, vale decir, que queremos darle todo lo que pertenece y no disfrutamos, vale decir, que queremos hacerla respetar y separar todos los obstáculos que lo impidan;—y como eso, no es solo una conveniencia sino un deber que tenemos,—mientras que tal no hagamos, no hemos de estar a buen seguro muy bien vistos por la Patria, y es el caso de conciliarnos con esa madre que por tanto tiempo ha esperado que cumpliéramos nuestro deber.

Por eso establecemos la diferencia, entre conciliación chica y conciliación grande.

Y ahora, caro colega, para que no sea cuestión de fraseología ni de sofismas, diga usted:

«¿Crea usted que la conciliación chica por sí sola tal como se ha realizado y tal como se presenta hoy, pueda darle a la Patria lo que lo pertenece y hay que devolverle?»

«¿Lo crea usted? No lo creemos nosotros.»

«¿Crea el colega que si no se inicia la gran conciliación en el seno de todos los partidos, organizándose primero y poniéndose al habla después, se habrá conseguido algo radical y duradero con la conciliación chica aisladamente?»

«Si, pero la conciliación chica es el amparo de la conciliación grande, dirá el colega.»

Muy bien, aceptado, lo mismo que si tres meses atrás a Santos se lo hubiera ocurrido darnos el pedacito de libertad que nos dió luego a título de conciliación, pero ella en sí misma no es lo bastante para cambiar la fisonomía política del país.

Es un bien relativo que no hemos negado, pero nada más que eso. Y si no, sepánselo todo trabajo de reorganización, dejémosla librada a sí misma y dentro de muy poco tiempo se habrá probado nuestra afirmación.

Y finalmente respetable colega: vamos a explicarle el otro punto en que Vd. no está de acuerdo con nosotros.

Hemos dicho que los partidos no son mas que medios de que se valen los ciudadanos para realizar sus ideales y que su filiación en cualquiera de ellos, es el resultado de impresiones, de relaciones de familia y finalmente de convicciones.

El colega cree que la convicción debe ser lo primero. Eso sería comenzar por el fin. El partido como se forma por etapas. Lo primero que hiera su imaginación son las impresiones que recibe en el medio en que se vive, en las tendencias que le sugiere una agrupación, en las observaciones, en la faja y en el último la juzga;—entonces viene la convicción y reconoce si es buena o mala. Desde ese momento se enrola bajo la bandera que le gusta y a la que ya pertenecía inconscientemente tal vez.

Ninguna otra duda creemos notar en el artículo de nuestro apreciable colega y como hemos llegado a la línea de estarmos los estrechamos la mano prometiendo mandarle noticias sobre la reorganización del gran Partido Nacional.

Episodios Nacionales

EL CORONEL D. JOSÉ SAURA

Reunida la honradez, el valor, la bondad, el patriotismo y la sinceridad, y encerrada estas nobles cualidades en un organismo vigoroso:—tendréis al Coronel Saura.

¿No lo conocéis todavía?

Miradlos entonces.

Es un hombre que frisa en los cincuenta años, de estatura regular y complexión nerviosa y fuerte. Su barba y sus cabellos empiezan a platearse uniforme y suavemente. Sus ojos son pardos, grandes, de dulce expresión y brillan a la sombra de largas pestanías. Diríais que son más bien ojos de mujer que ojos de caudillo. Y si los ojos son el espejo del alma, nunca mejor reflejarán la dulce tranquilidad del espíritu.

Si habláis con él, su palabra reposada y pausada, su cortada infantil, su modestia y su franqueza, aunque ruda, os revelarán al hombre sin doblez sencillo e ingenuo, que dice lo que piensa y piensa lo que siente.

¿Lo conocéis ahora?—Eso es el hombre.

Mirad al ciudadano.

Imaginamos una pequeña heredad en el Departamento de Canelones,—una casa modesta y una familia sencilla. Llegad allí y preguntad por el coronel Saura. Os conducirán al campo y le encontrareis trabajando la tierra con el hacha en la mano.

Os tenderá su diestra enaltecida por el trabajo honrado,—sonreirá con su sonrisa bonda-

dosa y os llevará a su modesta casa.—¿Necesitais fecho, alimentos, un caballo?—No tardaréis en tenerlo todo.

¿Vais a hablarle de la Patria, a decirle que su brazo y su prestigio son necesarios?

En el acto le vereis irradiar sus grandes ojos, arreglar su caballo de pelea, sus armas de guerra y abrazar a su familia para abandonarla, tranquilo y salir al campo buscando a los que lo llaman.

¿Conocéis al ciudadano?

Mirad ahora al caudillo.

Es de noche; a orillas de un arroyo y al abrigo de un monte han campado quinientos hombres. Casi todos duermen y pocos velan.—Notaréis sin embargo que una sombra recorre los diferentes grupos que descansan sobre los recados;—aquel se inclina para tapar a uno a quien el viento ha dado vuelta el poncho, allí despierta a otro y lo hace mudar de sitio, allá apaga un fuego que revive, más allá llega a donde los que velan, habla con ellos como compañeros de guardia, viene, vuelve, vigila, y por fin, cuando todos han reposado, se retira a descansar entre los más bisoños, a quienes ha hecho tender sus recados junto al suyo. Es sin embargo el primero que está en pie y sin que su voz se oiga más fuerte que la de los otros, el que resmisa a los perezoños y da ejemplo de sufrimiento a los que decaen.

Llega el día, la luz ilumina a sus valientes y los encuentra silenciosos, los observa y advina su sufrimiento y sus necesidades.

¿Están polvos?—¿no tienen ropas ni cigarros? Tampoco los tendrá él y como ellos estará polvos también. Se marcha, se sufre hambre y sed? Lo vereis levantando el espíritu, no con órdenes sino con carinosos diálogos.

Diríais que aquel hombre es mas aparente para consolar desgraciados que para mandar los soldados.

Pero, llega el día del peligro, y en la hora de la pelea, lo vereis transfigurarse, agrandarse y rodearse de aureola. Y preguntad a los valientes que lo acompañan, quién es entonces el coronel Saura? Preguntadles si cuenta al enemigo algo de miedo el peligro? Preguntadle al mas arrojado de los que le siguen, amándolo y obedeciéndole, quién es entonces el caudillo de dulce mirada y sonrisa infantil, y después que hayáis oído a esos hombres familiarizados con el peligro y con la audacia, sentiréis nacer la admiración, la sorpresa y el respeto; y vereis al caudillo entre reflejos de gloria y os descubrireteis ante el hombre que con su valor sabe asombrar a una hueste de orientales.

El Coronel Saura no esquiva el peligro;—lo busca, lo persigue,—y en el entretener como en la lucha singular, es seguido con la vista por los suyos que tratan de imitarlo.

«Pero si vence,—si su enemigo huyera derrotado,—no esperéis que uno sólo salga herido por la espada. Y al hombre que un momento antes sembraba la muerte y el terror, lo vereis convertido en enfermero de sus rivales vencidos.

El Coronel Saura es un león en la pelea;—después, una hermana de caridad. No se jacta del triunfo, ni proferirá una sola injuria contra el adversario.

¿Lo conocéis ahora?

Tal es el hombre,—tal el ciudadano,—tal el caudillo, honra de la Patria y honra del gran Partido Nacional, a quien después de la primera, le ha consagrado su vida, su valor y su prestigio.

Y ya que conocéis al coronel Saura como hombre, como ciudadano y como caudillo, voy a relataros, cómo después que se separó del coronel Pamplon de honras antes de su trágica aventura del Tacuari, volvió a encontrarlo allí en el Vaguaron en la expatriación.

Mudo é inmóvil quedó el grupo que acompañaba al coronel Saura cuando Pamplon y sus dos compañeros se separaron de él. Siguiéronlos con la mirada hasta perderlos de vista y entonces, empujados, dijo el coronel Saura a sus diez y ocho valientes, entre los que iba su hijo, Jónen que por primera vez acompañaba a su padre en las fatigas de la guerra. Iban también los cuatro hermanos García, esos cuatro bravos oficiales que más parecen Cruzados que hombres de la época.

Y se emprendió la marcha, aquella marcha que había comenzado en las márgenes de Santa Lucía y que todavía no había tenido término ni descanso con las noches.

Faltaban tres, y buenos, pero el resto había resuelto avanzar junto y salvarse así o morir.

El enemigo no tardó en darles alcance otra vez. Los caballos revelaban la fatiga y era necesario sustituirlos por otros para poder avanzar.

Los proyectiles que con su peso hacían mas dura la jornada iban escaseando.—Ya no se tiraba sino de cerca y tratando de dar en el blanco.

Era una guerrilla interminable en la que se hacía fuego al trote y dando vuelta cara.

Así se llegó a un paso abierto entre espeso

monte. El paraje era bueno para cambiar caballos y el coronel Saura dió orden de efectuar esa operación salvadora, quedando entretanto, él con su hijo y dos más para cuidar el paso, mientras sus infatigables compañeros juntaban la caballería.

El enemigo seguía haciendo fuego sobre aquellos cuatro tiradores que no cedían su puesto.

Así transcurrió algún tiempo durante el cual las balas silbando por el aire eran los mensajes que se enviaban los unos a los otros.

De repente el fuego del enemigo cesó y un ginebre desprendiéndose solo de sus filas, avanzó hacia la guardia haciendo caracollear su corcel, blandiendo la lanza y provocando con el parcho a los que guardaban el paso.

Lo miró sereno el coronel Saura, vió la temeridad de aquel bravo y reconociendo en él al jefe de los que talvez por sus órdenes no hacían ya fuego ni avanzaban, dejó su Winchester por su lanza y montando en su caballo saltó al encuentro al valiente que buscaba otro valiente.

A media cuadra uno de otro y movidos por igual resorte se enristraron tendida la lanza.

Un hombre rodó por tierra sin proferir un ¡ay! y dejando escapar de su mano crispada la lanza que no había de empuñar más. Nadie se movió; y el coronel Saura volviendo tranquilo la grupa de su caballo, regresó al tranco a ocupar su puesto en el paso, cargando otra vez su Winchester, para seguir su guardia.

Pudol fin el grupo continuar la marcha, pero estaba escrito que a cada paso el enemigo había de brotar en la cumbre de las cuchillas.

Y su gente sentía cada vez más la fatiga,—su hijo sobre todo, no podía ni resistir el agua que bebía en la marcha. La vomitaba.

Se necesitaba un libro para narrar paso a paso las interminables peripecias de la jornada. Por fin el monte fué su amparo, y en él vagaron varios días, siempre sintiendo al enemigo que los perseguía.

Se caminaba a pié, se carecía de alimentos, se vivía en continua vigilancia, pero estaba determinado que habían de salvar,—y 12 días después, llegaban donde el coronel Pamplon, heridos algunos, fatigados todos, pero llegaban los 18 hombres con sus armas y rodeando a su Gefe.

Desde entonces hasta ahora, han vivido lejos de la Patria y la familia, dispuestos otra vez a afrontar mayores peligros por su causa.

Esos son los soldados—ciudadanos del Partido Nacional, sufridos y valientes, pero que no quitan gloria a sus compañeros que como ellos, dan con sus proezas para largas narraciones, que hemos de ir escribiendo poco a poco.

CLAUDIO LONQUENAT.

TELEGRAMAS

AGENCIA HAVAS
SERVICIO TELEGRÁFICO ESPECIAL
PARA «LA REPUBLICA»
Roma 11 Dhr.

A la fin del corriente mes tendrá lugar en el Vaticano un Conclavio en el cual los Monseñores Vanutelli, Rampolla y Masella serán nombrados cardenales.

Londres 11 Dhr.

Según las negociaciones diplomáticas entre los Gabinetes de Inglaterra y de Francia, respecto a la cuestión de las Nuevas Hébridas, se perfundará en un próximo arreglo satisfactorio.

Londres, 11.

El Príncipe Alejandro de Battenberg, ex-Soberano de Bulgaria, ha visitado la Reina Victoria, la cual lo recibió con especiales muestras de simpatías.

Roma, 11.

A la edad de 68 años acaba de fallecer el ilustre hombre de estado italiano, Hon. Marco Minghetti, miembro del Parlamento desde 1815,—Ministro en el Gabinete liberal de Pio IX en 1815 y muchas veces Ministro del Reino de Italia.

París, 11.

Se constituyó ya el nuevo Gabinete, del cual no formarán parte los anteriores ministros Freycinet, Sadi-Carnot y Demole.

Roma, 11.

Al conocerse la noticia de la muerte del ilustre Diputado Marco Minghetti, ambas ramas del Parlamento levantaron la sesión en señal de duelo.

Ministros, senadores y diputados pronunciaron elocuentes discursos en elogio del eminente hombre de Estado.

Al solemne entierro que se hará por cuenta

próximo a que podía alzar su vista fuese la costa africana.

—Siento un verdadero placer en re-irlos,—nos dijo con voz dulce y armoniosa,—M. Jarldyce me mereció el más profundo respeto, y no pueden serme indiferentes las personas que le interesan.

Los dimos las gracias y fuimos a sentarnos detrás de la puerta donde había un sofá cojo.

Mistress Jellyby tenía hermosos cabellos, pero desgraciadamente sus deberes para con el África no le dejaban tiempo para peinarse, y habiéndose desleído el pelo del pañuelo que la cubría, pudimos verlos como de que su espalda, donde el cuerpo del vestido estaba sujeto por una cinta blanca formando un enrejado, se parecía a la pared de un pabellón de verano.

La sala, inundada de papeles, estaba casi enteramente ocupada por una enorme mesa, cubierta igualmente de una capa de legajos y tan sucia como desordenada. Pero lo que más nos llamó la atención y nos entristeció fué una joven de aspecto enfermizo, hermosa sin embargo, a pesar de su expresión de fatiga y fastidio, que, sentada delante de la mesa, mordía las barbas de la pluma, fijando en nosotros sus melancólicas miradas. No creo haber visto nunca una persona más llena de manchas de tinta, y desde sus cabellos despeinados hasta sus lindos pies que arrastraban zapatos de raso destacadados, ninguna de las prendas de su traje, ni un solo alfiler, estaba en su puesto.

—Me encontráis,—dijo mistress Jellyby des- pabulando las dos bujías que ardían en candeleros de hierro y perfumaban el aposento con un olor subido de sebo,—me encontráis como siempre muy ocupada; este proyecto de colonización africana no me da un momento libre, pues me veo obligada a seguir correspondencia con varios sociedades eminentes y con una multitud de individuos que toman con empeño los intereses de la humanidad. Tengo la satisfacción de anunciar que la empresa avanza, y que esperamos tener el año próximo de ciento cincuenta a doscientas robustas familias entregándose al cultivo del café así como a la instrucción de los indígenas de Libéria-Gha, en la orilla izquierda del Níger.

Habíéndome mirado Esa sin decir nada, me vi precisada a contestar que el resultado era muy satisfactorio.

—Altamente satisfactorio,—continuó mistress Jellyby.—Esta obra absorbe mi energía y todas mis facultades intelectuales, pero ¿qué importa? Dué en día me parece más seguro el éxito, y me asombraba en verdad, mis Summerson, que no hayáis pensado nunca en estableceros en África.

Este apóstrofe me cogió tan desprevenida, que no supe desde luego que contestar.

—El clima....—le dije.

—Es el clima más hermoso de la tierra.

—No lo creía así, señora.

—No negaré que se deban tomar ciertas precauciones, pero si recorriéis las calles de Londres sin mirar por donde andáis, os exponéis a ser aplastada por un carruaje. Sin embargo, te-

del Estado, asistieran representantes y delegaciones de la Casa Real, del Gabinete, Consejo de Estado, Senado, Cámara de Diputados de muchas Juntas Municipales de varias provincias del Reino y del Ejército.

Los diarios de todos los partidos contienen sentidos artículos necrológicos sobre Minghetti.

Viena, 11.

Es probable que se proroguen los poderes al actual Consejo de Regencia Bulgaria.

París, 11.

El nuevo Gabinete ha quedado constituido en la forma siguiente:

Presidente del Consejo, Ministro del Interior y también de Cultos; Diputado René Goblet; Ministro de Hacienda, Diputado Albert Dauphin; Ministro de Justicia, Diputado J. M. P. Sarrinen; Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, P. E. H. Berthelot, Senador y Miembro del Instituto; Ministro de la Guerra, General Boulanger; Ministro de la Marina y Colonias, Vice almirante Aubé; Ministro de Obras Públicas, Senador Ed. B. P. Millanda; Ministro de Comercio, Diputado Eduardo Lockroy; Ministro de Agricultura, Diputado Develle; Ministro de Correos y Telégrafos, Diputado Grandet.

Falta todavía a designarse el titular del Ministerio de Negocios Extranjeros.

NOTA.—La Agencia Havas y la República prohíben la reproducción y retransmisión de los presentes telegramas de acuerdo con las Leyes vigentes en la materia.

Origen de la fiesta

TAURINA

La palabra *Tauronaquia*, se deriva del griego.

El origen de estas fiestas se oculta tras la cortina de los siglos; lo único que se confirma es que fueron introducidas por los moros en España durante la época de la reconquista, (a mediados del siglo X), utilizando para la lidia los antiguos circos de Córdoba, Mérida, Toledo y otros; resultando comprobado que don Rodrigo Díaz de Vivar fué el primer cristiano que, a caballo y con lanza dió muerte a los toros allí por el año 1010, antel el Rey de Castilla Fernando I. Carlos V y Felipe IV tomaron parte activa en algunas fiestas taurinas, y en aquella época se trocó la lanza por los rejoncillos que quebraban los magnates, debiéndose a uno de éstos, apellidado Gallo, el invento de la armadura que usan los picadores para reservar las piernas. Al advenimiento de la dinastía de Borbon empezó la aristocracia a convertirse en simple espectadora y las demás clases sociales a invadir la arena.

Francisco Romero introdujo la muleta y el estoque en la suerte de matar, secundado por los hermanos Palomo allá por los años 1749 al 1718.

Las cuadrillas de rehileteros y picadores fueron organizadas posteriormente por Juan Romero, y perfeccionadas después por Costillares, Pedro Romero, Pepe-Lillo y Jerónimo, José Cándido, siendo este último el que en 1709, por separarse de la escuela de los Romeros, organizó la creación de las llamadas Sevillanas y Rondeñas.

CLAUDIO LONQUENAT.

GACETILLA

A CARGO DE TEFILO M. SANCHEZ

Aclaraciones y rectificaciones.—Uno de los médicos orientales que asistieron a la reunión de facultativos, provocada el miércoles 8 del corriente por el Sr. Presidente de la República, y que tuvo lugar en el Cabildo, nos pide que hagamos las siguientes aclaraciones de que se hace responsable.

1.º que fué precisamente por indicación de uno de los concurrentes, que se resolvió ir en comisión al Asilo de la Unión, a fin de examinar los enfermos sospechosos que allí existían; 2.º que en virtud de esa indicación pasaron en efecto al Asilo, los doctores Fleury, Bosch, Castro, Caraffi, Figari y Zamarrán, los cuales, llenando su cometido, regresaron a casa del señor Presidente de la República, dándole a conocer el diagnóstico que habían formado, y proponiéndole las medidas que se adoptaron y son ya del dominio público; 3.º que el doctor Caumont fué nombrado para ocupar el puesto de médico del Lazareto que debía formarse en el Buco, en virtud de haberse apresurado a hacer saber los doctores Bosch y Caraffi, que tenían noticia de que aquel facultativo se prestaría gustoso a ocupar aquel puesto; que en consecuencia se invitó a ningún otro médico a ir al Lazareto, no siendo por tanto cierto que el Cuerpo Médico de Montevideo se haya negado a prestar sus servicios, como erróneamente se ha dicho por toda la prensa, estando todos ellos por el contrario, animados de los mejores deseos

